

Misericordia, martirio y perdón

Por: Tomeu Pont Parera, TOR

Los cristianos llevamos veinte siglos hablando del amor pero corremos el riesgo de quedarnos sólo en palabras. Fuimos creados por Dios para ser hermanos y nuestras vidas serán juzgadas por el amor que hayamos tenido hacia los demás y la capacidad de crear a nuestro alrededor condiciones fraternas de vida. Pero, sin duda, muchos cristianos a lo largo de la historia y en la actualidad han tomado y toman al pie de la letra el mensaje de Jesús acerca del amor, y lo hacen vida en su propia vida. Han entendido que el criterio último de la existencia cristiana no puede ser otro que el amor concretado en hechos tangibles, incluso hasta dar la vida.

El amor no puede ser una idea abstracta ni tan siquiera un buen sentimiento. Ha de traducirse en obras concretas: dar de comer, vestir, visitar al enfermo, al preso, enseñar... (cf Mt 25, 38-40). Hacerlo por amor a Dios y al ser humano, al hermano concreto. Dios no juzga por lo que se le hace a Él.

Nadie puede amar a Dios directamente ni le puede ofender directamente. Le amamos y le ofendemos en nuestros hermanos. El hombre es el sacramento de Dios, la necesaria mediación y el camino posible para llegar a Él.

El cara a cara decisivo con Dios, con Cristo, no se da sólo en el marco de gestos extraordinarios sino también en los encuentros humanos cotidianos. En estos encuentros la misericordia se hace patente cuando vemos como Cristo ve y actuamos como Cristo actúa.

El término misericordia según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua, es «la virtud que inclina el ánimo a compadecerse de los trabajos y miserias ajenos...» Misericordioso es quien se compadece, es decir, quien «padece con» el otro, con el que está a su lado. Por tanto, la misericordia implica íntegramente a la persona que la practica. Ser misericordioso no es sinónimo de tener empatía. Se puede ser muy sensible ante los problemas de los demás... y no mover un dedo. La misericordia no es sólo un sentimiento. Misericordioso es quien, sintiendo en su corazón las penas y sufrimientos del otro, sobre todo del más cercano, se pone a su lado para hacer camino con él (cf Lc 10, 29...)

«Misericordioso es quien se compadece, es decir, quien «padece con» el otro, con el que está a su lado. Por tanto, la misericordia implica íntegramente a la persona que la practica. Ser misericordioso no es sinónimo de tener empatía. Se puede ser muy sensible ante los problemas de los demás... y no mover un dedo.»

Misericordioso es el que tiene un corazón para los pobres y menesterosos pero también un corazón para lo pobre y desdichado que hay en él. Hay que aprender a tratarse con misericordia a uno mismo, porque si aprendemos a tratarnos con misericordia a nosotros mismos, podremos aprender a tratar con misericordia a los demás para que encuentren sitio y hogar en nuestro corazón.

Misericordioso es aquél que es capaz de dar hasta la propia vida. «**El que pierda la vida por Mí la ganará**» (Lc 9, 24), sabiendo que así alcanzamos la misericordia de nuestro Padre Dios. Podríamos decir que la misericordia tiene un componente martirial ya que el que se identifica con las actitudes de Cristo, corre también la suerte

que él mismo corrió. Lo que confiere dignidad a la existencia no es el centrarse en sí mismo, sino el descentrarse y estructurar la existencia en favor de los otros. El mártir lleva hasta el radicalismo extremo la dinámica de la vida: la entrega total al otro como donación de la propia

vida.

El mártir, por su gesto valiente, se hace sacramento de la verdad. Plantea unos interrogantes, como lo atestiguan san Justino, Tertuliano y el autor del *De laude martyrum*: «Hay algo que estudiar, una valentía que es necesario investigar hasta el fondo; hay que tener en cuenta una creencia por la que alguien sufre o acepta morir» 20. «No sin motivo se dice que la sangre es semilla de nuevos cristianos 21»

El mártir es un sacramento eficaz, productor de verdad para la Iglesia. La Iglesia tiene mártires, que son su gloria. Siempre que un cristiano, por seguir a Cristo, se compromete de tal forma que es llevado al martirio, produce credibilidad para la Iglesia. Más aún: produce sustancia eclesial, en el sentido de que una Iglesia es solamente Iglesia de Cristo, en la medida en que está dispuesta a vivir de manera que considere normal participar del mismo destino del mártir Jesucristo. El mártir proclama la verdad



«El mártir proclama la verdad de la Iglesia de Cristo y manifiesta la santidad de Dios comunicada a la Iglesia. La Iglesia es santa a causa de la santidad de Dios y la de sus santos.»

«Los mártires, los que pierden su vida por la causa del evangelio, acompañan la entrega de su existencia con el perdón, actitud capaz de posibilitar la reconciliación y la paz. Este es el fruto de su sangre derramada.»

«La espiritualidad de Francisco de Asís es también una invitación a ser instrumentos de paz, reconciliación y perdón, porque la justicia humana está expuesta a la fragilidad y a los límites de los egoísmos individuales y de grupo.»

¡Alabado seas, mi Señor!

de la Iglesia de Cristo y manifiesta la santidad de Dios comunicada a la Iglesia. La Iglesia es santa a causa de la santidad de Dios y la de sus santos.

Y siguiendo el ejemplo del Maestro, el martirio conduce inevitablemente al perdón:

«Padre, perdónalos que no saben lo que hacen» (Lc 23,34).

Lo bueno y lo malo que hay en el hombre provienen de su corazón. Si queremos que en lugar de la violencia germine la paz en lo íntimo de nosotros, es necesario hacer madurar en toda persona humana una actitud de perdón y reconciliación. El ejemplo de Cristo desde la Cruz y el testimonio de nuestros mártires, iluminan permanentemente la vida del creyente. Los mártires, los que pierden su vida por la causa del evangelio, acompañan la entrega de su existencia con el perdón, actitud capaz de posibilitar la reconciliación y la paz. Este es el fruto de su sangre derramada.

Nosotros no podemos vivir prisioneros de un pasado doloroso; es preciso aprender de las experiencias sufridas que sólo el amor construye mientras que el odio produce destrucción y ruina.

La espiritualidad de Francisco de Asís es también una invitación a ser instrumentos de paz, reconciliación y perdón, porque la justicia humana está expuesta a la fragilidad y a los límites de los egoísmos individuales y de grupo. Sólo el perdón sana las heridas del corazón y restablece íntegramente las relaciones humanas alteradas.

*«Lado seas mi Señor por los que perdonan
y aguantan por tu amor
los males corporales y la tribulación...»*

(Francisco de Asís)

«El misterio de la cruz marcó la existencia del Poverello, de santa Clara y de muchos otros santos y mártires cristianos. Su secreto fue precisamente este signo victorioso del amor sobre el odio, del perdón sobre la venganza, del bien sobre el mal. Estamos invitados a seguir sus huellas, para que la paz de Cristo se convierta en anhelo incesante de la vida del mundo.»

(Juan Pablo II, Asís 2002)

En una sociedad como la nuestra, herida gravemente por la violencia, por el terrorismo y por las guerras, que enfrentan a hermanos entre sí y a pueblos contra pueblos, tiene más sentido que nunca recuperar el testimonio de entrega y perdón de nuestros mártires y, a la vez, buscar los medios y las formas concretas para presentarnos nosotros mismos ante el mundo y ante la Iglesia, como auténticos mártires «desde la fidelidad heroica para permanecer en Cristo y en su Iglesia» (Veritatis Splendor 90-94) y como artífices de misericordia y reconciliación.